

El vino antes y después de la siesta

Nuestro amigo el humorista, un tanto amodorrado por la canícula y el soponcio de estos días centrales del mes de julio, me escribe de nuevo "a la caída de la tarde —dice— junto a la higuera centenaria del patio, un poco envidiosa de las palmeras en maceteros de madera, con tierra empapada de agua fresca del pozo. De ese pozo que tu conoces y en el que pongo a refrescar el vino, al que "mato" el nervio con un poquillo de gaseosa de bola, para que entre bien y me dure mientras llega la cena".

Me habla de la delicia del trago largo para calmar la sed de la siesta recién echada y del chupito, de vez en cuando, mientras lee el periódico para enterarse de las cosas que pasan por el mundo. Siempre ocurre alguna cosa que llama la atención a nuestro amigo y la última ha sido el enterarse que haya en el mundo tantos alcohólicos. Coincide con el doctor Godar en que "lo importante no es ya lo que se bebe sino cuanto se bebe" y nos asegura que el vino, aparte de ser la bebida más sana -si no se abusa claro, que puede hacer daño, igual que si te comes una buena almorzá de gachas- a él le mantiene siempre con el ánimo dispuesto desde hace cincuenta años.

Lo que ocurre, añade, es que la gente no «se sabe administrar» y hace cada mezcla que Dios trita, y eso es lo malo. Media botelleja en las comidas sienta de maravilla al aparato digestivo. A la caída de la tarde, después de enriagarte con un buen trago de blanco o tinto con gaseosa, puedes seguir tomándolo «en pequeñas diócesis» que no pasa nada de nada. Si eso lo hicieses con whisky o cualquier otro licor hoy tan de moda no es de extrañar que pases a integrar la lista de alcohólicos. Lo que pasa, afirma, es que en esta época de ágapes por

cualquier motivo, te ofrecen de todo menos tintorro, y hasta uno se avergüenza al ver como te mira el camarero si le pides una copa de vino de la tierra. Es algo que tenemos que agradecerle a los nuevos modos y modas americanizantes que hoy imperan y que en este sentido aceptan el «cuba libre» por muchas que sean sus diferencias con Fidel Castro.

Nuestro amigo nos envía dos botellas de «Chupito», un blanco gaseado de Villarrubia de los Ojos, de gratísimo paladar, para que lo tomemos bien frío como aperitivo. «¿Tu crees, me asegura, que si este vino lo conocieran en Belfast iban a estar todavía a tiros? Seguro que no».

Hago mis cálculos y resulta que mi amigo el humorista se zampa por lo menos trescientos sesenta y cinco litros de vino manchego al año, mientras que la ración anual del español medio es de sesenta y cinco litros. Pero mi amigo no bebe más que vino y los que tienen ficha de alcohólicos, aunque no lo desprecian llegado el caso, se ponen como esponjas de «combinaciones» cocteles y «wisquises» y terminan con el hígado hecho trizas y resacas infernales. Aparte de que no colaboran a la solución de los excedentes de vino, que debía ser una tarea nacional.

Nuestro amigo el humorista termina su carta diciendo: «Hoy hago una excepción en tu honor y en vez de un sorbo he empinado un poquejo el codo, pero con prudencia, porque la puñetera estadística esa del alcoholismo, me ha hecho la idem. Pero la ocasión lo merecía ¿verdad?».

Sí, cualquier acontecimiento es bueno para alabar el vino nuestro de cada día.

por D. N. Ramírez Morales